

## El gran drama americano

Por Miguel Ayanz

Inventada la «tragedia americana», queda por establecer si existe el «gran drama americano». El problema es que EE UU es inabarcable: más que un país, sus siglas definen a todo Occidente. Y aun así, cuando acaban las cortísimas casi cuatro horas de *Agosto (Condado de Osage)*, se tiene la sensación de que Oklahoma es toda Norteamérica y los Weston el retrato de un pueblo incapaz de escapar a su sino, un óleo hiperrealista de Andrew Wyeth, como los que hábilmente ha incardinado



Foto: David Ruano (Archivo CDT).

Gerardo Vera como cortinas audiovisuales en esta hermosa e hiriente despedida del CDN. Lástima que le haya llevado ocho años llegar a brillar en su mejor montaje. [...]

Ha acertado Vera en todo, empezando por la selección de un texto casi redondo, traducido con garra por Luis García Montero, que apenas se resiente de nimiedades: la previsibilidad de la catarsis –Violet Weston parece ansiosa por saltar a la yugular del resto de la humanidad, ¡pero vaya forma de hacerlo!– y cierto efectismo melodramático en su material, explosivo e intachable: *Agosto* es el ocaso de un modelo de convivencia cifrado en suicidios, infidelidades, divorcios, incestos y reflexiones agrias sobre la vejez.

El diáfano laberinto de maderas diseñado por Max Glaenzel respeta el realismo pero permite a Vera jugar como un demiurgo por toda la casa. El resto es un reparto de exactitud matemática que roba el aliento: habrá otros “Agostos”, pero recordaremos siempre al triste Bill, el marido infiel e infeliz, de ese gran actor que es Antonio Gil; o al paciente Charlie, el cuñado apaciguador de Abel Vitón; o a Jean, la perturbadora lolita «fumeta» de Irene Escolar; o a las hermanas Ivy y Karen, condenadas a no encontrar la felicidad, de unas conmovedoras Alicia Borrachero y Clara Sanchis. Nadie falla: el vividor Steve de Gabriel Garbisu, el tímido Junior de Markos Marín, la rotunda tía Mattie de Sonsoles Benedicto o la india Johnna de Marina Seresesky, ángel y última víctima de la maldición de los Weston, otra estirpe condenada a cien años de soledad. Claro que Letts reserva la dinamita para la cruel matriarca. Imposible un papel mejor para el regreso a las tablas de Amparo Baró, una Violet Weston inmensa entre la zozobra de los barbitúricos y la lucidez del odio. Sólo el torbellino de la cínica y vapuleada Bárbara, la mayor de sus hijas, le hace sombra, y sólo porque Carmen Machi sobresale como nunca en un drama, demostrando que es una actriz con mayúsculas en cualquier terreno. Baró y Machi protagonizan un duelo inolvidable: serían lo más destacable si la obra no fuera, toda ella, enorme.